



III

Dramática historia

CASO V. sepa que en el trayecto de San Miguel el Grande (1) á Dolores, el viajero se ve obligado á cruzar el río Atotonilco. En el tiempo de las lluvias no es vadeable ese río sinó para quien conozca sus pasos principales: junto al camino de San Miguel tiene cincuenta metros de anchura. La impetuosidad de su corriente y el ruido de sus aguas amarillentas, que se precipitan bajo dos márgenes desiertas, causan espanto á la generalidad de los que se ven obligados á atravesarlo por allí.

Algunas chozas de ramaje levantadas en ambas orillas y medio ocultas en los accidentes del terreno sirven de refugio á una población miserable, que vive principalmente de los beneficios que el río la proporciona cuando las lluvias engrosan su caudal. Esa gente traslada á los viajeros de una orilla á otra por los

(1) San Miguel el Grande es un pueblecito de las inmediaciones de Guanajuato.

CAPILLA ALFONSO
Primera y única edición

vados que conoce. Y sucede con frecuencia que el viajero vacila y retrocede antes de confiarse á unos hombres que vagan por allí casi desnudos y á quienes el pasaje no produce lo suficiente para mantenerse; porque ocurrió algún caso muy justificativo de esa desconfianza. Hace pocos años fué á establecerse entre aquellos vadeadores un minero de Zacatecas, á consecuencia de un percance que había tenido con la justicia. Ese hombre, temible por su fuerza y por su carácter brutal, estaba señalado entre sus nuevos compañeros por lo desgraciado que era en el nuevo oficio: varias veces estuvieron á punto de morir ahogadas las personas que trasportaba. Una noche tempestuosa en que se creía solo, descubrió á un forastero en la orilla opuesta, y enseguida cruzó el río para ofrecerle sus servicios. Otro vadeador, que le había seguido sin ser visto, se quedó escondido entre unas matas, al ver que se le había anticipado el exminero. Éste cruzó el río con el forastero, llevando su caballo de la brida. Al llegar á la mitad del río montó en la grupa y pocos instantes después se oyó el ruido de un cuerpo que cae en el agua. Quedó sobre la silla uno solo, viósele tomar tierra lejos de las chozas y desaparecer en las tinieblas.

El testigo del crimen era un joven á quien el exminero había pegado pocos días antes de una manera bárbara, y que, por consecuencia, deseaba vengarse: lanzóse al río, siguiendo la línea del agua que arrastrara á la víctima y logró conducir á la orilla opuesta al cadaver del que resultó ser un sacerdote; pero iba tan rendido por el esfuerzo que cayó desmayado allí mismo. Cuando volvió en sí era ya entrado el día, pero el cuerpo del cura había desaparecido. El joven fué al pueblo á dar su declaración, pero las diligencias contra el criminal no dieron resultado, pues había huido de la comarca.

Mi guía se interrumpió; cual si hubiéramos llega-

do á la región de las nubes nos envolvió una niebla que se convertía en lluvia fina é impalpable; la antorcha apenas daba luz y chisporroteaba. La máquina se detuvo otra vez y sentí flaquear mi corazón; luego tuve la aprensión de que la cuerda que me sujetaba al cable resbalaba, y se apoderó de mí un temblor convulsivo.

—¿Se escurre V.? dijo mi guía, y convencido con una ojeada de que me hallaba á igual distancia de él que antes, añadió: No hay cuidado.

Enseguida continuó su relato con sangre fría envidiable:

—Poco despues de la desaparición del criminal vadeador presentóse á buscar trabajo en la mina de Rayas un nuevo minero. Esta mina dista diez leguas del río Atotonilco. El nuevo operario dijo que había hecho su aprendizaje en el estado de Cinaloa, y su buen humor y su generosidad le valieron pronto las simpatías de todos sus compañeros, pues parecía contar con otros recursos además del salario. Osorio le llamaban y parecía distinguir entre todos á mi hijo Felipe, sin embargo, de la semejanza de genio y de la diferencia de edad, pues el nuevo minero se la duplicaba. Felipe era un trabajador infatigable, celoso de la reputación que había logrado, con el natural orgullo de quien no necesita de los antiguos privilegios para señalarse, pues nuestra profesión ennoblece á quien á ella se dedica. Osorio, al revés, no mostraba afición al trabajo, y prefería tocar la guitarra ó predicar la insubordinación contra los capataces. A pesar de eso no se hubiera alterado su amistad si ambos no se hubiesen prendado de la misma mujer. Esta, aunque prefería á Felipe, también gustaba de la guitarra y sobre todo de la jovialidad de Osorio. Las frecuentes ausencias del rival acabaron por dar el triunfo á mi hijo. En una de tales ausencias circuló la noticia de que habían sido forzadas las puertas

de la catedral de Guanajuato y robado un incensario de oro macizo incrustado de piedras preciosas.

Entretanto los padres de la joven obsequiada por ambos, resolvieron darla en matrimonio á Felipe: el día de los esponsales se reunieron en casa de la novia las dos familias y sus amigos. En medio de la fiesta se presentó Osorio, preocupando su presencia á los convidados, que conocían su carácter violento. Felipe fué el único que con la mayor sangre fría se preparó á recibir á su rival. Pero Osorio, sin llevar la mano al cinto, penetró entre los concurrentes excusándose de presentarse sin haber sido invitado; tomando enseguida la guitarra de uno de los músicos y sentándose sobre un barril de pulque, se puso á entonar una canción de circunstancias. Pasada la sorpresa que causó ese incidente, continuó la fiesta con mayor alegría, y los convidados se separaron, citándose para celebrar la octava de la boda.

Una nueva pausa del narrador me recordó mi situación. Nos acercábamos insensiblemente al término de la ascensión: ya lo indicaba la mayor luminosidad de la niebla, pero así me parecía más espantosa la profundidad del pozo.

—¿Sabe V. á qué altura se encuentra? Cinco veces y media la de las torres de la catedral de Méjico.

Y mi guía, para confirmar la exactitud de sus palabras, arrancó de su cintura un puñado de estopa, que encendió en la antorcha, y la soltó. Seguía con vista azorada; primero bajaba como un globo de fuego y fué reduciéndose su tamaño hasta desaparecer como un punto brillante allá en el fondo. El minero continuó así:

—Desde el día que Osorio se presentara en la fiesta nupcial una mano invisible tendió mil lazos á mi hijo. Al día siguiente estalló junto á él una mina que le cubrió de pedazos de roca y otro día se rompió de repente la cuerda en la cual se hallaba suspendido á gran distancia del suelo.

Habiendo fracasado esas tentativas, dirigiéronse contra su honra las añagazas que se hubieran tendido á su vida. Se propalaron insinuaciones haciendo pasar á Felipe como autor del robo en la catedral. No podía creer mi hijo que fuese su antiguo compañero el autor de todo eso; pero un joven minero llegado poco después que Osorio, cuyos pasos espía constantemente, le informó de la repugnante verdad.

Felipe juró vengarse. La víspera de la octava de la boda se encontró con Osorio en una de las galerías subterráneas de Rayas, y le echó en cara sus perfidias: sacaron los cuchillos; ambos estaban desnudos, sin más defensa que sus mantas. Osorio era más fuerte, Felipe más ágil. El combate seguía con suerte indecisa. De repente el joven minero que le he citado á V., se interpuso entre los dos, diciendo á mi hijo:

—Si V. me lo permite, yo me encargo de castigar á ese ladrón de alhajas sagradas, pues tengo sobre él derechos más antiguos que los de V.

Osorio se arrojó sobre el nuevo campeón y se batieron á la luz de la antorcha de Felipe. Tal vez hubiera durado el combate mucho tiempo sin una estratagema del joven minero; agachóse de modo que la manta que pendía de su brazo barría el suelo; después detrás de ese velo que ocultaba sus movimientos cambió de mano su arma y descargó á su sorprendido adversario una terrible cuchillada, y Osorio cayó.

Subiéronle metido en un saco por el pozo grande: en aquellos momentos pasaba un fraile por las inmediaciones de la mina; suplicáronle que fuese á confesar al herido, y al verle el padre lanzó un grito de espanto; había reconocido en él al que había tratado de ahogarle en el río Atotonilco, de lo cual milagrosamente se librara. Así la justicia aclaró muchos misterios: eran un mismo individuo el vadeador de aquel río, el minero de Zacatecas y el ladrón sacrílego de

la catedral. Este miserable expió sus crímenes en el cadalso.

—¿Y Felipe?

—No sé por qué mala inteligencia se le había designado como el que hirió tan gravemente á Osorio. El minero vencedor se había fugado, y ya comprendería V. quién era ese joven.

—El que había presenciado oculto el crimen de Osorio en el río.

—Sí, señor. Los agentes de la autoridad se presentaron á prender á mi hijo, y hallándole en uno de los patios se pusieron á perseguirle. Felipe, cegado por una obcecación que le hacía creerse deshonorado, si le tocaba la mano de un polizone, no pensó que le hubiera sido fácil probar su inculpabilidad, y corriendo á este pozo se arrojó al abismo que se abre á nuestros pies.

El minero calló, la antorcha apenas alumbraba ya y yo descubría sobre mi los primeros fulgores del crepúsculo.

—¡Pronto hará diez años, prosiguió el anciano con voz sorda, que Felipe se precipitó al fondo de este abismo, por el cual he subido tantas veces desde aquel día fatal, y ni una sola he dejado de sentir vehementemente deseos de cortar este cable!

Y blandía un cuchillo en su mano, cual si se dispusiese á realizar su terrible amenaza. Quise pedir socorro, pero el espanto embargó mi voz, y hasta mis manos se resistían á apretar el cable. ¿Para qué? ¿No iba á cortarlo él por encima de mi cabeza? Dirigió una triste mirada al débil rayo de luz que bañaba las verdosas paredes del pozo. ¡Me parecía tan hermosa aquella luz descolorida!

En este instante estalló bajo mis pies un trueno subterráneo; la mina parecía rugir por todas sus bocas, cual si fuese un volcán. El aire repelido se precipitó por aquel inmenso sifón, un viento poderoso

hizo balancear el cable cual si fuese una seda y chocamos varias veces contra la roca, pero al último resplandor de la antorcha pude ver cómo el cuchillo desprendido de manos del minero daba vueltas por el vacío.

—¡Diantre! un cuchillo nuevo de dos duros! exclamó una voz que reconocí por la de Fuentes.

Pronunció este nombre y resonó sobre mí una estrepitosa carcajada.

Era, en efecto, Fuentes en persona el que acababa de servirme de guía, representando el papel del anciano minero como un actor consumado. Mi deseo de separarme de él había herido su amor propio y se vengó con esa estratagema tan notablemente realizada.

—¿Sabe V., caballero, que no se le asusta fácilmente?

—Pero la broma ha sido algo pesada, respondí.

La máquina se paró por última vez; había terminado nuestra ascensión. Desiderio fué desatado primero y aguardé mi vez con ansia febril. Cuando soltaron la cuerda que me sujetaba al cable, conocí que mis fuerzas se agotaban; pisé la tierra con inefable satisfacción. Nunca el sol me había parecido tan hermoso como este día.

Trajeron los caballos, Fuentes se puso su lujoso traje, y cuando yo tenía el pié en el estribo se llegó á mí un anciano, vestido no menos lujosamente. Yo le conocía, sí, era el mismo minero á quien había visto desnudo y arrodillado ante el altar.

—Perdone V., me dijo, porque el deber me obligó á faltar á la cita; ya habrá oído V. la explosión de la mina...

—Sí, le respondí, y una historia bien triste...

—¡Ah! caballero, mi Felipe hizo perfectamente... Cuando regrese V. á su país, podrá decir que los mineros prefieren la muerte á la deshonra.

A la verdad la inmoralidad de Planillas y el carácter indefinible de Fuentes no podían dejarme buena impresión, pero tipos como el de Felipe y su padre, y rasgos de abnegación cual los que ofrecían, me desquitaban por completo.



IV

Otro encuentro inprevisto

YA me despedía de Fuentes, cuando me dijo:
—Si va V. á la ciudad no le pesará de que le acompañe.

Emprendimos el regreso. Durante el camino él no cesaba de hablarme de las ventajas de su profesión y de rasgos de los mineros; pero yo, resentido por su broma, le respondía con monosílabos. De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Voto al diablo! Después de dos horas de olvido es capaz de haberse muerto sin aguardarme.

—¿Quién?

—Planillas.

Y Fuentes partió á galope. La ocasión era oportunísima para prescindir de su compañía, pero la curiosidad me hizo seguirle. Al llegar junto al sitio donde por la mañana halláramos á Planillas sentado sobre el cadáver de su mula, Desiderio se detuvo contrariado.

—No veo á nadie, dije.